

LA JUVENTUD LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO VII.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

MURCIA 10 DE NOVIEMBRE DE 1895.

La correspondencia al director. Redacción y Administración: Apóstoles, 11, bajo. Número suelto 10 céntimos.

NÚM. 290.

La Juventud Literaria



PALIQUE

AN escasa de acontecimientos ha sido esta semana, que no se qué decir á mis lectores.

Verdaderamente, la misión del periodista es muy difícil: tener que escribir, haya ó no haya asunto de que tratar.

Como á mi me ocurre.

Y con lo expuesto, sin saber que decir, empezaré el Palique.

Está el tiempo refrescando, y por lo mismo, presento á mis queridos lectores, la alegoría del invierno.



Nuestra ciudad vá tomando el triste y lúgubre aspecto de soledad y tristeza, tan peculiar de este tiempo.

¡Invierno! Hé aquí una frase que le hiela hasta los huesos al que se encuentre sin capa, y se encuentre sin dinero.

Al empezar este mes van quedando ya desiertos los paseos que antes muy favorecidos se vieron.

El Malecón por hoy es nuestro paseo predilecto,

porque en él se toma el sol y se calientan los cuerpos.

En el invierno hay mucha hambre, y también muchos rateros, y también hay pulmonías que mandan al cementerio al que poco antes estaba tan campechano y tan fresco.

Del árbol las bellas hojas muy pronto se irán cayendo, y todo estará muy triste, pues triste se muestra el cielo, casi siempre, en esta época, que francamente, detesto.

El huracán, muy furioso, ruga, brama y con su estrépito todo lo que encuentra al paso, todo lo va destruyendo.

Al niño lo aterroriza, y al hombre le infunde miedo.

¡Oh qué triste, mis lectores, qué triste que es el invierno!

El domingo último se verificó el primer baile de la temporada en los elegantes salones del Ateneo Murciano.

Este estuvo bastante animado y reinó el orden más completo.

Esta noche también se que se repite la danza, es decir, que habrá *soirée* de confianza.

La prensa de Murcia, Orihuela y Alicante, se ocupa de la grosería de que ha sido objeto nuestro apreciable colega «El Tháder», de Orihuela.

Un suscriptor devolvió el periódico á la redacción del colega con varias manchas de..... lo que no puede decirse.

En mi modesto periódico LA JUVENTUD LITERARIA, me asocio á lo que ya ha dicho toda la prensa murciana, la de Orihuela, Alicante, como el caso lo reclama, porque la *cosa* resulta algo *fecalinizada*.

Dicen que la compañía de nuestro teatro Romea, exceptuando unos cuantos, son artistas de la legua.

El drama «Mancha que limpia» lo han hecho de tal manera, que resultó, en vez de drama, una comedia mal hecha.

Resignación, caballeros, no hay más que tener paciencia.

¡Dios quiera que nuestro Circo prontamente abra sus puertas!

Ya terminé el Palique de esta semana, que por cierto lo he escrito, de mala gana; porque sin *guita*, no es posible que nadie con gusto escriba.

RAMÓN BLANCO.

A UNOS OJOS

FRAGMENTO

Más dulces habéis de ser Si me volvéis á mirar, Porque es malicia, á mí ver, Siendo fuente de placer, Causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno El que en suerte tan cruel Sea ese mirar sereno Sólo para mí, veneno, Siendo para todos miel.

Si crueles os mostráis, Porque no queréis que os quiera, Fieros por demás estáis, Pues si amándoos, me matáis, Si no os amara, muriera.

R. DE CAMPOAMOR.

IDEAL

Don Pepe, como nosotros le llamábamos, era un simpático personaje que frisaba en los cuarenta años, de porte airoso y distinguido, de rostro franco y simpático, de una salud inquebrantable y que disfrutaba una renta por demás apetecible.

Contábase de nuestro amigo, más de cuatro aventuras galantes, y asegurábase como cosa cierta, que una bellísima y distinguida dama, que unía á un linajado título noviliario una de las más sanas fortunas, había intentado, aunque inútilmente, atrapar en las redes de sus encantos al bueno de don José, para conseguir que éste se decidiera é ingresara en el respetable gremio de los maridos.

Tarea inútil, por que nuestro hombre era el más terrible adversario que el dulce Himeneo haya podido tener.

No quiere esto decir, que don Pepe abominara á la mujer, muy al contrario. Era un entusiasta adorador de la belleza femenina.

Segun declaraba, las hermosas, sin distinción de tipo, eran una imperfección perfectísima creada por el Todopoderoso.

Si señor; admirables, encantadoras, archidivinas, todo lo que se quiera, como mujeres; pero como esposas, ya era harina de otro costal.

Aquella que reuniera mayor suma de encantos, que fuera un dechado de bondades, y poseyera la educación más esmerada, degeneraba para nuestro recalcitrante solterón, en ser monstruoso y fiero, desde el punto en que llegara á conquistar el para él terrorífico dictado de casada.

¡Nada, nada! El hombre había nacido para ser feliz; y la felicidad era un mito, desde el punto en que se exponía á que las veleidades, de una hermosa, la trocara en amarga desventura.

Su lema era este:
«Amor sin dogal.»

Una noche, hallándonos alrededor de una de las mesas de Fornos, entreteniéndonos, segun ahora es costumbre, en despellejarnos mutuamente de la manera más cordial y afectuosa, llegó hasta nosotros una noticia que por lo estupenda, nos obligó á que por primera vez, nos mostráramos unánimemente admirados. Don Pepe; el apóstol del celibato; el constante defensor de la libertad del hombre, ¡se había casado!...

Aun no habíamos salido de nuestra *apoteosis*, cuando nuestro jovial amigo apareció en la puerta del café, lleno el semblante de gozo y mostrando las más completa de las satisfacciones.

Con las manos extendidas, se acercó á nosotros, y contestando á la muda interrogación que ansiosamente le dirijimos, exclamó:

—Amigos míos, sí; me he casado y espero ser feliz.

—¿Y sus teorías respecto á la mujer, al hombre, y al matrimonio?—le preguntamos.

—Continúan siendo las mismas.

—Su boda es una negación de ellas.

—No lo estimo yo así.

—Veamos la solución que nos dá V. para compaginar sus opiniones con el acto que ha realizado ante el altar.

—Allá vá, mis queridos locos.

Inútil es decir que nuestro silencio se hizo absoluto.

—¿Cuáles son las causas—dijo D. Pepe—que hacen que los matrimonios sean desgraciados y el hogar doméstico se convierta en un infierno?... Muchas; pero las primordiales, las que originan una infini-

